

dentro á pié y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir. Muchos dellos se ahogaron, muchos fueron heridos, y todos escarmentaron. Dijeron tras esto los de Méjico que querian hablar á Cortés. El se llegó á una puente alzada á ver qué decian. Ellos una vez pedian treguas y otra paces, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era todo esto para descubrir qué corazon tenian los nuestros y para tomar algunos dias de treguas á fin de se bastecer; que su voluntad siempre fué de morir defendiendo su patria y religion. Cortés les respondió que las treguas ni á él ni á ellos convenian; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perderia por él, aunque era el cercador y tenia mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querian, antes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el faraute, se puso en el baluarte un viejo anciano, y á vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando á entender que no tenian necesidad; y con tanto se fenesció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta dias no habia podido ganar á Méjico; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos millares dellos eran muertos á manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataria á todos y los ternia cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos á otros. Ellos decian que primero se moririan los españoles; y cuanto mas miedo les ponian, mas esfuerzo mostraban, y mas reparos y ardidés hacian; ca hinchieron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles á piedra seca, para que no entrasen españoles. Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegaron muy bien las canales de agua. Comunicó con sus capitanes, y á todos les pareció bueno, aunque trabajoso y largo. Dijo tambien á los señores indios del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con huictles de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro dias. Cortés, como tuvo gastadores, apercebió su gente y comenzó á combatir la calle que va á la plaza Mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el Rey. Respondieron que le habian ido á llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshonrándole. Arremetieron entonces los españoles, ganaron una gran albarada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron la agua de aquella calle de tal manera, que nunca mas se abrió; derrocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real. Seis dias á la continua hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recibir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente dia una emboscada. Llamó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Albarado para juntar

con otros veinte y cinco que él tenia. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metióse con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venian con tanto hervor y grita los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: «Sant Pedro y á ellos, Santiago y á ellos;» y hizo gran estrago, matando á unos, derrocando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendian los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mejicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podia quitar el comer carne de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura, y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro. Desta hecha cobraron en Méjico tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como antes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen, por miedo de otra. Y en fin, esto fué causa para mas aina ganarse Méjico.

La hambre y dolencias que mejicanos pasaban con grande ánimo.

Dos mejicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puros hambrientos, y se vinieron al real de Cortés; los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encobrillos, y que salian las noches á pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y á buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello mas por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fué allá antes que amaneciese, metióse tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta señal cuando hubiese gente. Como fué dia, comenzó de salir mucha gente á buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, y hizo gran matanza en ellos, como los mas eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron tambien muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles á hora desacostumbrada, temiéronse de otra zalagarda, y no pelearon. El dia siguiente, que fué víspera de Santiago, patron de España, entró Cortés á combatir como solia la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopan, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de Méjico, ganadas las tres, y se podia ir seguramente del real de Cortés al de Albarado. Como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decian aquellos mejicanos á los de Tlaxcallan y de los otros pueblos: «Así, así, dáos priesa; quemad y asolad bien esas casas; que vosotros las tornaréis á hacer, mal que os pese, á vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, haréis las para nosotros, y si vencidos, para españoles.» Dende á cuatro dias entró Cortés

por su parte y Albarado por la suya; el cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco, para estrechar los enemigos por su estancia, como hacia su capitán; hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque perdió tres caballos. Al otro dia se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando de las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roidos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima á nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazon, y respondiéronle que no hablase en amistad ni esperase despojo ninguno dellos, porque habian de quemar todo lo que tenian, ó echarlo al agua, do nunca pareciese, y que uno solo que dellos quedase, habia de morir peleando. Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas, como se hacian cada dia; y para dañar, ó á lo menos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad. No lo acertaron hacer los carpinteros, y así no aprovechó. Los españoles disimularon con que no querian hacer mas daño de lo hecho. Como habian estado cuatro dias ocupados en hacer el trabuco, no habian entrado á combatir la ciudad, y cuando después entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezuquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciesen mal á personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admiracion. Creo que guardaban fiesta. Requirióles con la paz; respondieron con disimulacion. Otro dia dijo Cortés á Pedro de Albarado que combatiese un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaria por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo buyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que á ningún mejicano daban vida, por mas reprehendidos que fueron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apenas cabian de piés en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podian pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenia por ganar de la ciudad; subiése á una torre, miró, y parecióle que una parte de ocho. Otro dia siguiente tornó á combatir lo que quedaba. Mandó á todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese. Los de Méjico, llorando su desventura, rogaban á los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa. Él fué corriendo allá, con pensar que era para tratar de algun concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: «¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del sol, ¿por qué no acabas con él que nos acabe? ¡Oh soll que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un dia con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir á descansar con Cuetzalcoatl, que nos

está esperando.» Tras esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos. Gran compasion les tenian nuestros españoles.

La prision de Cuahutimoc.

Cortés, que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darian. Habló con un tio de don Fernando de Tezcucó, que tres dias antes habia tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinacion de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iria, por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro dia con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecia; fué luego al Rey, y dijo su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querian morir, y no paz. Pelearon recio aquel dia; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traia un mejicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron. Otro dia entró tambien Cortés, mas no peleó, esperando que se rendirian. Empero ellos no tenían tal pensamiento. Llegóse á una albarada, habló á caballo con ciertos señores que conocia, diciendo que los podia muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba, y porque los queria mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serian bien recibidos y tratados, y ternian qué comer. Con estas y otras razones así les hizo llorar. Respondieron que bien conocian su error y sentian su daño y perdicion; pero que habian de obedecer á su rey y á sus dioses, que así lo querian; mas que se esperase allí, que iban á decirlo á su señor Cuahutimoc. Fueron, y dende á un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venia el señor, mas que luego al otro dia venia sin duda ninguna, á hora de comer, á le hablar en la plaza. Con tanto, se tornó Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, á la usanza de los señores mejicanos, y de comer para otro dia. Fué con muchos españoles muy apercebidos. No vino el Rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en concertos, y que le desculpasen por enfermo. Pesó á Cortés que el Rey no viniese; empero holgóse mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenian necesidad; llevaron algun refresco, y prometieron de tornar, porque Cortés se lo rogó, y les dijo que sin la presencia del Rey no se podia dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron dende á dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el Rey venia, ca tenia vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro dia aquellos mismos á decir á Cortés que se fuese al mercado, que le haria hablar Cuahutimoc. Fué, y esperó mas de cuatro horas, y nunca el Rey vino. Viendo la burla, envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra, combatió las calles y

albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, ca no tenían piedras ni flechas, entró y hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel día muertas y presas, y mas tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matasen que en pelear. El saco no se lo estorbaron. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones á los españoles; y tan grande de la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro día la guerra, y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fuése al rincón de los enemigos estaban acorralados. Dijo á Pedro de Albarado que se estuviese quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entrase con los bergantines á un lago de entre las cascadas, donde estaban recogidas todas las barcas de Méjico, y que mirase por el Rey y no le matase. Mandó á los demás que echasen al enemigo hácia los bergantines; subiése á una torre, y preguntó por el Rey. Vino Xihúacoa, gobernador y capitán general. Hablóle, y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los mas eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traían priesa, unos á otros se rempujaban y se echaban al agua y se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandasen á los suyos no matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen mas de quince mil dellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabían, caían al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arrimada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguin, que era capitán de un bergantín, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Dijo un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podía ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pié en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguin, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hizole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y dijo: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podeis agora hacer de mí lo que

quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos, que serian obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

De la toma de Méjico.

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtilan, mártes á 13 de agosto, día de Sant Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesion, en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él docientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, decisiete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos mas; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedionda. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales tambien se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí tambien se conoce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan; que si la comieran, no murieran así de hambre. Alaban mucho las mujeres mejicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse Méjico á saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabriaba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey; los demás dejó libres. Baró los bergantines en tierra; dejó en guarda dellos á Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen indios. Estuvo en esto cuatro días, y luego pasó el real á Culucan, donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habían ayudado. Prometiéndoles de se lo gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenía mas guerra, y que los llamaria si la hobiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á Méjico, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

Señales y pronósticos de la destrucion de Méjico.

Poco antes que Fernando Cortés llegase á la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecia dos horas antes del día, subíase en alto y deshaciase luego. Los de Méjico vieron entonces llamas de fuego hácia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecia llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mesmo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo habia de ir gente blanca y barbuda á señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcuco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenía era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen á quebrar la espada; y como no pudieron ó no supieron, quedaron maravillados y pacíficos. Parece ser que ciertos hombres de la costa habian poco antes llevado á Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fué la alteracion de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió á Moteczuma con Teudilli, mirando cómo se parecia al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habian de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. El mesmo año que Cortés entró en Méjico apareció una vision á un malli ó cativo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando á Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, á quien se encomendaba, habria merced dél; y que dijese á los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaria su sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venian cerca los que lo habían vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelulco, donde agora está la horca de Méjico. Notaron mucho sus palabras y la vision, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decían parecer al que habló con el malli. Tambien reventó la tierra el año de 20 cerca de Méjico, y salían grandes peces con el agua, que lo miraron por novedad. Contaban mejicanos cómo viniendo Moteczuma con la victoria de Xochnuxco muy ufano, dijera al señor de Culucan que quedaba Méjico seguro y fuerte, pues habia vencido aquella y otras provincias, y que ya no habria quien contra él pudiese. «No confies tanto, buen rey, respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra.» De la cual respuesta se mucho enojó Moteczuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió á entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.

Cómo dieron tormento á Cuahutimoc para saber del tesoro.

No se halló todo el oro en Méjico que primero tuvie-

ron los nuestros, ni rastro del tesoro de Moteczuma, que tenia gran fama; de que mucho se dolian los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á Méjico, hallar un gran tesoro, á lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de Méjico. Cortés se maravillaba cómo ningun indio le descubria oro ni plata. Los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del Rey querian descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mejicano ninguno que dijese nada, aunque todos decían cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento á Cuahutimoc y á otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, ó porque no lo sabia, ó porque guardan el secreto que su señor les confia constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que, habiendo compasion dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabia, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algun deleite ó baño. Cortés quitó del tormento á Cuahutimoc, pareciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prision, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenia, por haberle dicho el diablo que seria vencido. Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendia con que se hizo á pedimento de Julian de Alderete, tesorero del Rey, y porque pareciese la verdad; ca decían todos que se tenia él toda la riqueza de Moteczuma, y no queria atormentalle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo.

El servicio y quinto para el Rey, de los despojos de Méjico.

Hicieron fundicion de los despojos de Méjico. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron segun el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del Rey veinte y seis mil castellanos. Cupieronle tambien muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón y mantas de pluma; rodela de vimbre aferradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las mas, de como quemán las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al Emperador con muchas piedras, y entre ellas, con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadizo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que habia mucho de ver. Diéronle asimismo muchas manillas, cercillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cebratanas de oro y de plata; todo lo cual valia ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros

dicen dos tanto. Enviaronle, sin esto, muchas máscaras musísticas de pedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, paliás y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron también algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culhuacan, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis ó siete hombres, y aun mató dos, y echóse á la mar. Mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo substancial; y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Avila y Antonio de Quiñones, procuradores de Méjico, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traían el oro Florin, corsario francés, mas acá de los Azores, y aun también tomó entonces otra nao que venia de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar. Escribió el cabildo al Emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que había conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversion de los indios; y labradores con ganados, plantas y simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

*Cómo Cazoncin, rey de Mechuacan, se dió á Cortés.*

Puso muy gran miedo y admiracion en todos la destruccion de Méjico, que era la mayor y mas fuerte ciudad de todas aquellas partes, y mas poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron á Cortés los súbditos de mejicanos, pero los enemigos tambien, por desechar de sí la guerra; no les aconteciese como á Cuahutimoc; y así, venian á Culhuacan embajadores de grandes y diversas provincias y de muy léjos; ca, segun cuentan, eran algunos de mas de trecientas leguas de allí. El rey de Mechuacan, por nombre dicho Cazon, antiguo y natural enemigo de los reyes mejicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés, alegrándose de la victoria y dándosele por amigo. El los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro dias. Hizo escaramuzar delante dellos á los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dióles algunas cosillas y dos españoles que fuesen á ver aquel reino y tomar lengua de la mar del Sur, y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey, que estuvo por venir á verlos; mas estorbáronse sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme á la persona que era. Llevóle á ver los bergantines, el asiento y destruccion de Méjico. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero destas cosas y de las barbas y trajes. Fuése dende á cuatro dias que llegó, y tuvo bien qué contar al Rey su

hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncin, envió á poblar en Chincicila de Michuacan á Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncin holgó que poblasen, y les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofresció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés. La cabeza principal y ciudad de Michuacan llaman Chincicila, y está de Méjico poco mas de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de Méjico, y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; á cuya causa se llama Michuacan, que quiere decir lugar de pescado. Hay tambien muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres mas hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo ó cerca de aquel señorío; á los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen cucitl, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenían guerra con los de Méjico, y nunca ó por maravilla perdian batalla. Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la mas rica mina de plata que se había visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el Rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese ó acabase; y así, la perdió su dueño, y el Rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Críase grana de la buena. Españoles han puesto morales para seda, sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien; que Francisco de Terrazas cogió seiscientas hanegas, de cuatro que sembró.

*La conquista de Tochtepec y Coazacoalco, que hizo Gonzalo de Sandoval.*

Al tiempo que Méjico se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron tambien todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de Méjico no había dado lugar al castigo; y porque los mas culpantes eran Huatuxco, Tochtepec y otros lugares de la costa, envió allí desde Culhuacan, por fin de octubre del año de 21, á Gonzalo de Sandoval con docientos españoles á pié, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mejicanos. En llegando á Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de Méjico ciento y veinte leguas, y llamóle Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fué después Sandoval á poblar en Coazacoalco, pensando que los de aquel río estaban amigos de Cortés, como lo habían prometido á Diego

de Ordás cuando fué allí en vida de Moteczuma. No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba á visitar de parte de Cortés, y á saber si habían menester algo. Ellos le respondieron que no tenían necesidad de su gente ni amistad; que se volviese con Dios. El les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religion cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podía al hacer, saltó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fué parte para que llegasen los nuestros al río sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas. A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; ca no se halló antes buen asiento. Atrajo á su amistad á Quechollan, Cuatlan, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron á los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque daban guerra á los de Tepeacac y á sus aliados. Hubo tres encuenos, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen á los nuestros poblar en su tierra.

*La conquista de Tututepec.*

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especias, y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especería de los Malucos á menos trabajo y peligro; y como tenía noticia de aquella mar de tiempo de Moteczuma, y entonces se le ofrescian á ello los de Mechuacan, envió allí cuatro españoles por dos caminos con buenas guías; los cuales fueron á Tecoantepec, Zacatollan y otros pueblos. Tomaron posesion de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron á los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar á su capitán, y tornáronse á Méjico. Cortés trató muy bien aquellos indios; dióles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrescimientos para su rey, con que se fueron alegres. Envió luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofresciendo su persona y estado al Emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que le hacían guerra por haberse dado á cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió á Pedro de Albarado, el año de 22, y no 23, con docientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Albarado fué por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar á Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro en Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Albarado, que lo sospechó ó le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentóse á lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y á un su hijo; los cuales se rescataron en veinte y cinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Al-

barado en Tututepec; llamóla Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenían enemigos, y encomendóles las provincias de Coaztlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés. Vino Albarado á negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, por pesquisidor, que condenó á uno á muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelacion. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Albarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban; pero no se pobló mas Segura.

*La guerra de Coliman.*

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros á labrar en Zacatullan, ó Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especias y piedras, é ir á los Malucos; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas, y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenía en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fué un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá á Cristóbal de Olid á ver los navíos, y costear aquella tierra en siendo acabados. Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullan desde Chincicila, con mas de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Coliman andaban en armas, y que eran ricos. Fué á ellos, peleó muchos dias; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Coliman tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego á Gonzalo de Sandoval con veinte y cinco de caballo y setenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese á vengar esto, y á castigar los de Impilcinco, que hacían guerra á sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fué á Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fué de allí á Zacatullan, miró los navíos, tomó mas españoles, pasó á Coliman, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron á él los de Coliman al mismo paso que desbarataran á Olid, pensando desbaratarlo tambien á él. Pelearon reciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningun muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos. Hago siempre mencion de los caballos muertos ó heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras; ea por ellos se alcanzaba victoria las mas veces, y porque valian muchos dineros. Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del Emperador, y hicieron darse á Colimantlec, Cuatlan y otros pueblos. Poblaron en Coliman veinte y cinco de caballo y ciento y veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que á diez soles de allí había